

vida, que es como decir durante toda una eternidad, entonces sí... entonces sí que iría estar allá abajo, á la sombra del jazminero, bañada más que por el fulgor de las estrellas, por el fulgor de sus ojos... Bah, pero no soñemos, Lozano, dejemos esas cosas, vamos á bailar.

L.—No, quédese usted. No recuerdo haber visto otra noche más luminosa, más pura, más aromática. Si usted se fuera, todo esto perdería su encanto poético... *La obliga suavemente á sentarse.*

E.—¡Adulador! *Con coquetería.*

L.—*Exagerando.* Pero no vaya usted á decir por eso que la hago la corte...

E.—*Riendo.* No, Lozano, pierda usted cuidado. Ya me lo ha dicho usted otra vez. No, de ninguna manera...

L.—*Jovial.* Mejor, ¿verdad, Elena? Usted piensa íntimamente que es mejor. Como usted espera á ese caballero ideal de sus sueños... ¡Buen chasco me llevaría si acometiera la empresa!... Casi estoy por apostar á que usted está segura de que el afortunado galán llegará en lomos de un cisne... como Lohengrín... ¿no es eso?... *Riendo.*

E.—*Grave.* No se ría usted de mí, Lozano. Crea usted que me ha hecho daño con sus palabras. ¿Quiere usted conducirme al salón?

L.—Un momento nada más, Elena, para pedir á usted perdón si la he ofendido. Decididamente yo no soy para tratar mujeres.

E.—Diga usted que se encarniza sin motivo. *Con los ojos bajos.*

L.—¿Contra usted?

E.—Sí. *Se sienta.*

L.—*Cambiando de actitud y de tono.* Pues bien, sí, tiene usted razón. Yo no me explico por qué siento deseos de hacerla sufrir. Será porque... Yo no sé, yo no sé, pero creo que sería para mí una delicia verla derramar una lágrima, una lágrima siquiera por mi causa... *Pausa.* ¡Elena! Va usted á responderme

sinceramente ¿verdad? ¿Qué diría usted si yo le anunciara que el hombre esperado desde hace tanto tiempo esta á punto de llegar? *Elena levanta vivamente la cabeza.* ¿No siente usted una secreta alegría? ¿No siente usted que todo su ser se extremece ante la proximidad de un suceso tan grande? ¿Qué diría usted si yo...?

E.—*Interrumpiendo.* No le creería una sola palabra.

L.—¿Por qué?

E.—*Sonriendo.* En fin... diga usted.

L.—¿Qué diría Elena, si yo asegurara que el esperado durante tanto tiempo, llegó ya?

E.—*Moviendo la cabeza tristemente.* No... En fin, diga usted... ¿Dónde está?

L.—Aquí mismo, en esta casa.

E.—¿Y quién es?

L.—*Cogiéndole súbitamente una mano.* ¡Yo! *Ella baja los ojos y vuelve la cabeza á otro lado.* Yo, Elena, amor mío. No sientes que soy yo el que tú esperabas? ¿No crees que soy yo el que había de provocar esa turbación que me lo dice todo? ¿No lo sabías? ¿Nada te anunciaba que el amor venía hacia tí? ¿Por qué no me respondes? ¿Por qué no me responde usted, Elena?

E.—*Toda turbada.* Yo no sé... yo no sé qué contestar, Lozano. Me ha sorprendido tanto! *Transición con vehemencia.* No me engañe usted, por Dios, no me engañe usted... porque me sería muy doloroso. *Se cubre el rostro con las manos.*

L.—¡Ah! entonces ¿me ama usted? ¿Verdad que sí? Diga usted que sí.

E.—*Descubre el rostro con precipitación.* Sí, ¿para qué negarlo? ¿Para qué fingir más? Yo he sentido que usted era el predestinado. Cuando se acercaba usted á mí parecía como si algo que llevara en el pecho no cupiera ya de tan grande. Si eso es amor?.....